

# STRANGER THINGS



*Antes del Demogorgon ...  
antes del Azotamientos ...  
el terror tenía rostro humano.*

## MENTES PELIGROSAS

GWENDA BOND

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@FantasyLibros



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Dedicado a todas las madres feroces e  
inspiradoras, en particular a la mía*

## Prólogo

JULIO DE 1969

Laboratorio Nacional de Hawkins  
Hawkins, Indiana

**E**l hombre, que conducía un immaculado automóvil negro por una carretera llana del estado de Indiana, redujo la velocidad al aproximarse a la puerta de una valla metálica con un letrero que rezaba: ZONA RESTRINGIDA. El guardia apostado allí miró un instante a través de la ventanilla, comprobó la matrícula del coche y le indicó por gestos que siguiera adelante.

Era evidente que en el laboratorio esperaban su llegada. Quizá incluso hubieran seguido las instrucciones y las especificaciones que les había enviado antes de partir sobre cómo debían preparar sus nuevos dominios.

Cuando llegó a la siguiente garita de guardia, bajó la ventanilla para entregar su identificación al soldado que realizaba las funciones de oficial de seguridad. Este examinó la autorización mientras evitaba mirar al hombre a los ojos. La gente acostumbraba a hacerlo.

Él, en cambio, dedicaba toda su atención a las personas que acababa de conocer, por lo menos al principio. Era una evaluación rauda como el rayo, en la que los catalogaba por completo: sexo, altura, peso, etnia. Y a partir de esos datos estimaba su inteligencia y, lo más importante de todo, su potencial. Casi todo el mundo resultaba menos interesante des-

pués de esa evaluación. Pero él nunca se rendía. Observar y valorar era una segunda naturaleza, un elemento crucial de su trabajo. Casi nunca encontraba a nadie con algo que le interesara, pero quienes lo tenían... En fin, por esas personas estaba allí.

El soldado fue fácil de juzgar: varón, metro setenta y poco, ochenta kilos, blanco, inteligencia media, potencial... alcanzado en el asiento de una garita, comprobando identificaciones con una pistola en la cadera que, seguramente, jamás había disparado.

—Bienvenido, señor Martin Brenner —dijo por fin el soldado alternando una mirada de ojos entornados entre el hombre y la tarjeta de plástico.

Era curioso que el carnet incluyera parte de la información que Brenner habría buscado si estuviera mirándose a sí mismo: varón, metro ochenta y cinco, ochenta y ocho kilos, blanco. Pero había otra parte que no figuraba en la tarjeta: coeficiente intelectual de genio, potencial... ilimitado.

—Nos avisaron de que vendría —añadió el soldado.

—Es «doctor Brenner» —lo corrigió él, pero en tono amable.

Aquellos ojos que seguían sin centrarse del todo en Brenner se entornaron aún más, pero se desviaron un instante al asiento trasero, donde la sujeto Ocho, de cinco años, dormía acurrucada contra la puerta. Tenía las manos cerradas en puños bajo su pequeño mentón. Brenner había decidido encargarse en persona de transportarla a las nuevas instalaciones.

—Sí, doctor Brenner —dijo el guardia—. ¿Quién es la niña?, ¿su hija?

El escepticismo del hombre se hizo patente. La piel de Ocho era de un intenso color marrón, en contraste con el

tono pálido y lechoso de Brenner, quien podría haberle explicado al guardia que ese hecho no tenía la menor trascendencia. Pero no era asunto de aquel soldado, que, además, tampoco se equivocaba. Brenner no era padre de nadie. Figura paterna, en cambio, sí.

Pero hasta ahí llegaba.

—Seguro que ya están esperándome dentro. —Brenner volvió a estudiar al hombre. Un soldado que había vuelto a casa tras una guerra, una guerra que ya habían ganado. Al contrario que Vietnam. Al contrario que la silenciosa escalada bélica con los soviéticos. Ya se había desatado una guerra por el futuro, pero ese hombre no lo sabía. Brenner mantuvo su tono amistoso—. Yo no haría ninguna pregunta cuando lleguen los otros sujetos. Confidencialidad.

La mandíbula del guardia se tensó, pero no puso objeciones. Sus ojos se desviaron un instante hacia el inmenso complejo de varias plantas al que se dirigía Brenner.

—Sí, están esperándolo dentro. Aparque donde quiera.

Otra cosa que no hacía falta que dijera. Brenner pisó el acelerador.

La construcción y el mantenimiento general de aquellas instalaciones los pagaba una aburrida rama de la burocracia federal, pero su adecuación a las especificaciones de Brenner la financiaban unos departamentos gubernamentales más herméticos. Al fin y al cabo, si la investigación iba a ser de alto secreto, no podía publicitarse. La Agencia comprendía que la grandeza no siempre podía seguir los protocolos operativos habituales. Quizá los laboratorios rusos sí que estaban reconocidos por su gobierno, pero este se encontraba dispuesto a reprimir cualquier voz que se alzara en protesta. En algún lugar, en aquel mismo momento, los científicos de los

comunistas estaban llevando a cabo el mismo tipo de experimentos para los que se había construido aquel complejo marrón de cinco plantas con niveles subterráneos. Brenner recordaba este hecho a sus patronos siempre que lo olvidaban, o cuando hacían demasiadas preguntas. Su trabajo seguía siendo de máxima prioridad.

Ocho siguió durmiendo mientras Brenner salía del coche y daba la vuelta hasta la portezuela trasera. La abrió despacio y luego sostuvo la espalda de la niña para que no cayera al suelo del aparcamiento. La había sedado para el viaje, por seguridad. Era un recurso demasiado valioso para confiárselo a otros. Hasta la fecha, las capacidades de los demás sujetos habían resultado... decepcionantes.

—Ocho. —Se acuclilló junto al asiento y le sacudió levemente el hombro.

La niña movió la cabeza pero no abrió los ojos.

—Kali —musitó.

Era su verdadero nombre, que la chiquilla se empeñaba en utilizar. Por lo general, Brenner no se lo permitía, pero aquel era un día especial.

—Kali, despierta —dijo—. Estás en casa.

La niña parpadeó y en sus ojos se iluminó una chispa. Lo había malinterpretado.

—En tu nueva casa —añadió Brenner.

La chispa se apagó.

—Te gustará estar aquí. —La ayudó a incorporarse y la colocó mirando hacia fuera. Extendió la mano—. Ahora papá necesita que entres ahí como una chica mayor, y luego podrás volver a dormirte.

Por fin, la niña extendió el brazo y le cogió la mano.

Mientras caminaban hacia la puerta principal, Brenner

compuso la sonrisa más agradable de su arsenal. Esperaba que lo recibiera el administrador en funciones, pero en vez de eso encontró que lo esperaba una larga hilera de hombres y una mujer, todos con batas de laboratorio. Supuso que debían de ser los empleados profesionales de su grupo y todos ellos irradiaban un nerviosismo que rayaba en la náusea.

Un hombre moreno con líneas de expresión en la cara —demasiado tiempo al aire libre— dio un paso adelante y le tendió la mano. Miró a Ocho y luego otra vez al doctor Brenner. Tenía manchadas las gafas con montura.

—Doctor Brenner, soy el doctor Richard Moses, investigador principal en funciones. Estamos muy emocionados de tener aquí a alguien de su categoría. Queríamos que conociera a todo el equipo cuanto antes. Y esta debe de ser...

—Soy Kali —dijo la niña con adormilado esfuerzo.

—Una jovencita muy somnolienta a quien le gustaría ver su nueva habitación. —El doctor Brenner evitó estrechar la mano extendida del hombre—. Si no recuerdo mal, solicité una que estuviera apartada. Y luego me gustaría conocer a los sujetos a quienes han reclutado.

Brenner localizó las puertas de apariencia más sólida y segura que salían del vestíbulo y echó a andar hacia ellas con Ocho cogida de la mano. El silencio lo siguió durante un largo momento. Su sonrisa se volvió casi real antes de desaparecer.

El doctor Moses y sus gafas manchadas correataron tras él hasta alcanzarlo, seguidos del resto del apurado y ruidoso equipo. Moses lo adelantó casi a la carrera para pulsar un intercomunicador y pronunciar su apellido.

Se alzó un inquieto rumor de conversación entre el resto



de los doctores y técnicos de laboratorio que iban tras ellos.

—Los sujetos aún no están preparados, por supuesto —dijo el doctor Moses mientras se abría la puerta doble. No dejaba de mirar a Kali, que estaba cada vez más despierta y observaba su entorno. No había tiempo que perder antes de instalarla.

Había dos soldados armados en posición de firmes justo al otro lado de las puertas, lo cual era un indicador optimista de que, por lo menos, la seguridad no estaba por debajo de lo esperado. Estos comprobaron el distintivo del doctor Moses, que les indicó mediante un gesto que no debían hacer lo mismo con el doctor Brenner.

—Aún no tiene su identificación —les explicó.

Los hombres hicieron ademán de desafiar al doctor Moses, lo que elevó otro poco el nivel de aprobación de Brenner.

—La tendré la próxima vez que pase por aquí —aseguró—. Y les entregaremos copias de los papeles de la sujeto. —Hizo un discreto gesto con la cabeza en dirección a Ocho.

Uno de los soldados inclinó la cabeza y todo el grupo pasó entre ellos.

—Especifiqué que deseaba conocer a los nuevos sujetos en cuanto llegara —dijo el doctor Brenner—. En consecuencia, no debería sorprenderlos mi petición.

—Creíamos que solo querría observarlos —repuso el doctor Moses—. ¿Quiere que establezcamos algunos parámetros? ¿Que los preparemos para su visita? Podría afectar al trabajo que estamos haciendo con ellos. Algunos se vuelven paranoicos con las drogas psicodélicas.

El doctor Brenner levantó la mano que tenía libre.

—No. Si lo hubiera querido así, lo habría dicho en su momento. A ver, ¿adónde vamos?

Del techo del largo pasillo pendían unas lámparas que emitían el pálido brillo que solía iluminar los descubrimientos científicos en aquel mundo sombrío. Por primera vez esa mañana, el doctor Brenner sintió que podía convertir aquel sitio en su hogar.

—Por aquí —dijo el doctor Moses. Buscó a la única mujer del rebaño que formaba el personal profesional y se dirigió a ella—: Doctora Parks, ¿puede encargarse a un celador que traiga comida a la niña?

Sus labios se tensaron al ver que la enviaban a hacer el equivalente a un trabajo de mujeres, pero asintió con la cabeza.

Para alivio del doctor Brenner, Ocho se quedó callada y no tardaron en llegar a una habitación pequeña con unas literas de tamaño infantil y una pequeña mesa de dibujo. Brenner había encargado las literas para convencer a Ocho de que estaba buscándole unos compañeros adecuados.

La niña se fijó en ella al instante.

—¿La otra cama es para una amiga?

—Tarde o temprano lo será, sí —respondió él—. Ahora van a traerte comida. ¿Puedes esperar aquí tú sola?

Ocho asintió. La energía que le había dado la emoción de llegar estaba remitiendo ante la fuerte dosis de sedante que Brenner le había administrado y se dejó caer en el borde de la cama.

El doctor Brenner se volvió para marcharse y chocó con un celador y la única profesional femenina del grupo. El doctor Moses enarcó las cejas.

—¿Estará bien ella sola? —preguntó.

—Por ahora —dijo el doctor Brenner. Miró al celador—: Sé

que parece una niña normal y corriente, pero cíñase a sus protocolos de seguridad. Podría sorprenderlo.

El celador se removi6, inquieto, pero no abri6 la boca.

—Lléveme a la primera habitación —orden6 el doctor Brenner—. Los dem6s pueden ir a esperar con sus sujetos, pero no hace falta que los preparen.

El resto del equipo esper6 a que el doctor Moses confirmara la orden y el hombre hizo un sufrido encogimiento de hombros.

—Lo que diga el doctor Brenner.

Se dispersaron. Iban aprendiendo.

La primera habitación albergaba a un sujeto no apto para el reclutamiento por su pie zambo. Tenía la mirada exhausta permanente de alguien que había escogido como método de escapismo la marihuana. Del mont6n, en todos los aspectos.

—¿Necesita que administremos la dosis al próximo paciente? —pregunt6 el doctor Moses. Saltaba a la vista que no comprendía los métodos del doctor Brenner.

—Cuando necesite alguna cosa ya le informaré de ello.

El doctor Moses asintió y fueron entrando en otras cinco habitaciones. Era tal y como Brenner había esperado. Dos mujeres, ninguna excepcional en modo alguno, y otros tres hombres, mediocres del todo. Salvo quizá en su carencia absoluta de brillo.

—Reúnan a todo el mundo en una sala para que podamos hablar —dijo después el doctor Brenner.

Lo dejaron esperando en una sala de conferencias, tras una última mirada inquieta del doctor Moses. Al poco tiempo lleg6 el mismo grupo de antes, que se sent6 en torno a la mesa. Dos hombres trataron de entablar conversaci6n para

fingir que ninguno de los acontecimientos de aquella mañana se salía de lo normal. El doctor Moses los hizo callar.

—Ya estamos todos —dijo.

El doctor Brenner examinó con más detenimiento a sus empleados. Habría que trabajar en ellos, pero su silenciosa atención mostraba cierto potencial. El miedo y la autoridad iban siempre cogidos de la mano.

—Pueden dejar marchar a todos los sujetos de pruebas a los que he visto esta mañana. Páguenles lo que se les prometiera en su momento y asegúrense de que tienen presentes sus acuerdos de confidencialidad.

La sala absorbió la orden. Uno de los hombres que habían tratado de conversar a su llegada levantó la mano.

—¿Doctor?

—¿Sí?

—Me llamo Chad y soy nuevo, pero... ¿por qué? ¿Cómo vamos a hacer ahora nuestros experimentos?

—La pregunta de «por qué» siempre es una de las que hacen avanzar la ciencia —respondió el doctor Brenner. Chad el novato asintió, y Brenner añadió—: Aunque debería tener cuidado a la hora de formularla a sus superiores. Aun así, le diré por qué. Es importante que todos comprendamos lo que pretendemos hacer aquí. ¿Alguien quiere hacer alguna conjetura?

La forma en que había tratado a Chad los mantuvo callados. Por un momento, Brenner creyó que quizá la mujer iba a decir algo, pero al final se limitó a juntar las manos encima de la mesa.

—Bien —dijo él—. No me gustan las conjeturas. Aquí pretendemos hacer progresar los límites de la capacidad humana. No me interesan los *Mus musculus* corrientes de nuestra

especie. Ninguno de ellos va a proporcionarnos unos resultados extraordinarios. —Paseó la mirada por la sala. Todos estaban concentrados en sus palabras—. Seguro que todos han oído hablar de fracasos en otros centros, y su propia ausencia de resultados es lo que me ha traído hasta aquí. Se han producido fallos vergonzosos, y muchos de ellos proceden de la ausencia de sujetos adecuados. Quienquiera que pensase que los presos y los internos en psiquiátricos iban a revelarnos algo sobre lo que buscamos estaba engañándose a sí mismo. Sucede igual con los desertores y los fumetas. Voy a hacer que trasladen aquí a unos cuantos pacientes jóvenes más para un programa relacionado, pero querría disponer de una cierta gama de edades. Existen muchos motivos para creer que una combinación de sustancias químicas psicodélicas con los incentivos correctos pueden liberar los secretos que buscamos. Piensen solo en la ventaja que obtendríamos en términos de inteligencia militar si pudiéramos convencer a nuestros enemigos de que hablen, si lográramos volverlos sugestionables y ejercer control sobre ellos... Pero será imposible lograr los resultados deseados sin las personas correctas, y punto. Manipular una mente débil es sencillo. Necesitamos a sujetos que muestren potencial.

—Pero... ¿de dónde vamos a sacarlos? —preguntó Chad.

Brenner tomó nota mental de despedir a ese hombre al final de la jornada. Se inclinó hacia delante.

—Estableceré un nuevo protocolo para filtrar a los candidatos e identificar a los mejores que nos ofrezcan nuestras universidades asociadas, y luego seleccionaré en persona a los sujetos que vayamos a emplear de ahora en adelante. Pronto empezará su auténtico trabajo aquí.

Nadie puso objeciones. En efecto, iban aprendiendo.

1

## Solo una prueba

JULIO DE 1969  
Bloomington, Indiana

1

Terry abrió la mosquitera e hizo una mueca al notar la fragante humareda que había dentro de la casa. Su uniforme de camarera, de color rosa oscuro y delantal blanco, tardaría bien poco en reemplazar el olor de las grasientas salpicaduras y las manchas de café del restaurante por el de la hierba. Añadió hacer la colada a su lista de tareas para el día siguiente. Por lo menos, en la temporada estival había menos trabajos de la universidad que hacer en casa.

—¡Por fin llegas, nena!

Andrew la saludó con la mano mientras le pasaba un porro a la persona que tenía al lado. Su recibimiento entusiasta le valió una sonrisa de Terry. Le había crecido el pelo castaño, que llevaba desgreñado, y le envolvía la mandíbula por ambos lados como unos paréntesis. A ella le gustaba. Le daba un aspecto un poco peligroso.

—¿Me he perdido algo bueno? —preguntó Terry, colándose entre el gentío y recibiendo saludos de sus conocidos.

Su hermana, Becky, estaba sentada en la butaca reclinable,

pegada al televisor en blanco y negro de diecinueve pulgadas que Dave, el amigo de Andrew, había recibido como regalo de su padre cuando este se compró un nuevo aparato a color para ver aquel momento tan trascendental. El *Apolo 11* había alunizado esa misma tarde.

—¿Estás de coña? —gritó Dave. También había música sonando: de un tocadiscos emanaba *Bad Moon Rising*, de Creedence Clearwater Revival, que se entremezclaba con la emocionada verborrea de Walter Cronkite en el televisor—. ¡Te lo has perdido todo! ¡Nuestros hombres ya llevan horas en la Luna! ¿Dónde estabas?

—Trabajando —dijo Andrew, y tiró de Terry para sentarla en su regazo. Le alisó el pelo rubio oscuro y le dio un beso en la mejilla—. Siempre está trabajando.

—A algunos, nuestros padres no nos pasan dinero para el alquiler —replicó ella.

Ese era el caso tanto de Andrew como de Dave, motivo por el que tenían una casa tan apañada en vez de una habitación en una residencia de estudiantes.

Becky cruzó la mirada con ella en señal de acuerdo antes de devolver su atención al televisor.

Terry rozó con los labios el cuello de Andrew, que dio un murmullo de aprobación.

Stacey, la compañera de cuarto de Terry, llegó tambaleándose, sin duda con unas cuantas cervezas y porros de más. Su pelo negro rizado estaba recogido en una endeble coleta y llevaba la camisa por fuera con las axilas empapadas de sudor. Había tenido el día libre y, desde luego, lo había disfrutado.

—Hay que ponerte menos sobria —dijo Stacey, clavando un dedo a Terry en el pecho.